

CURIOSIDADES HISTÓRICAS DE NABARRA.



UN MANUSCRITO DEL SIGLO XV.

Hace algun tiempo qué la prensa se ocupó de un manuscrito encontrado en el Museo Británico, de Lóndres, por el sábio Académico español D. Pascual Gayangos; manuscrito que consistía en la narracion de viaje de un aleman que visitó España en el siglo XV, y que por referirse á nuestra patria en tan remota fecha y por contener además algunos apuntes gráficos, si mal no recordamos, escitó poderosamente la atencion de los eruditos.

Este curioso documento ha sido traducido y publicado por la ilustradísima y modesta señora D.^a Emilia Gayangos de Riaño, hija del Académico nombrado y esposa del Sr. D. Juan Facundo Riaño, Director que ha sido de Instruccion pública.

Habiendo sabido que en ese manuscrito se ocupaba el viajero aleman del Castillo de Olite, hubiéramos deseado ver algun ejemplar de la traduccion; pero esto no era posible, porque destinando la respectable Sra. de Riaño el producto de la venta del libro á una obra de caridad, y deseando que la venta fuese rápida, habiahecho imprimir solamente cien ejemplares, fijándoles un precio muy elevado, y la edicion se agotó, apénas fué anunciada, en Inglaterra.

Por fortuna, pudimos hacernos con una copia literal de lo que relativo á Nabarra dice el viajero aleman, gracias á la bondad de nuestro muy querido amigo el Excmo. Sr. D. Pedro de Madrazo, quien se tomó el trabajo de hacer dicha copia de su puño y letra y nos la remitió desde Madrid.

El viajero aleman,—cuyo nombre se ignora, pero que se comprende debía ser de elevada alcurnia y quizá encargado de alguna mision

diplomática, según las atenciones que merecía á las personas reales, —se ocupa ligeramente, y como de paso, de nuestro país, en el que probablemente no se habria detenido. Sin embargo: las líneas que dedica al magnífico Castillo de Olite y á sus egregios moradores presentan para nosotras especial interés, y esta es la razón de que las transcribamos.

Dice así el viajero alemán:

«Me fuí al Reino de Navarra pasando por muchas poblaciones en las que observé costumbres harto raras. Hay en aquella tierra pocas fuentes, y sus habitantes beben agua llovediza.¹ Caminando pues por dicho reino llegué á una buena ciudad llamada Olite, en la cual estaba el Príncipe que por entónces era Rey de Navarra, pues el Reino entero le obedecía, más que á su mismo padre² el cual andaba enemistado con su pueblo. Llevóme un heraldo ante dicho Príncipe ó Rey, el cual era muy jóven: tratóme amistosamente, hizo lo que yo le pedí y mandó que me condujesen al aposento de su mujer, que era de nacimiento de la casa de Cléves.³ El heraldo me hizo ver el Palacio; seguro estoy que no hay Rey que tenga palacio ni castillo más hermoso, de tantas habitaciones doradas, etc. Vilo yo entónces bien; no se podría decir ni aun se podría siquiera imaginar cuán magnífico y suntuoso es dicho palacio.»

«Condújome el heraldo á donde estaba la reina, la cual se hallaba á la sazón en el terrado del Castillo, rodeada de sus doncellas, solazándose y tomando el fresco debajo de un gran dosel: á su lado estaba el poderoso Conde de Fox⁴ con el cual habia estado ya antes. Arrodiilléme delante de la Reina; díjola el Conde que debía hablar alemán conmigo, pero á ella dióle vergüenza y no quiso. Insistió el Conde diciendo que debía así hacerlo, y entónces ella lo hizo oficialmente y como por ceremonia, de cuyas resultas el Conde tuvo mucha broma

(1) Estas palabras nos hacen suponer que el viajero habria penetrado en Navarra por la frontera francesa vecina á Aragon y se habria dirigido desde Sangüesa en línea recta, pues de otro modo no se comprende la observación del alemán. Las fuentes, como es sabido, son abundantísimas en nuestro montuoso país. (*N. de la R.*)

(2) Este Príncipe es el célebre D. Cárlos, Príncipe de Viana, tan amado de Navarra. No llegó á ser coronado Rey, pero ejerció tanta influencia como si lo fuese. (*N. de la R.*)

(3) Se retieren estas palabras á *Inés de Cléves*, esposa del Príncipe de Viana. (*N. de la R.*)

(4) El Conde de Fox, Gaston de Bearne, estaba casado con la hermana del Príncipe de Viana. (*N. de la R.*)

con ella, haciéndome saber por medio de mi intérprete que la Reina deseaba que yo me despidiese de ella á la manera de mi tierra. Escusóse ella por vergüenza que la dió, pero el Conde lo quiso así y no cesó de divertirse y chancearse con la Reina hasta que hincada la rodilla en tierra, la besé yo la mano segun costumbre; fuíme despues á sus doncellas, abracélas á todas una despues de otra y besélas las manos, lo cual las disgustó sobremanera, mas la Reina quiso que así se hiciese. A la noche hubo danza y la Reina mandó por mí á mi posada para que asistiese, mas fué tal y tan fuerte la tempestad de lluvia y viento que levantó, que segun entendí despues, la fuerza del viento apagó las hachas.»

Esto, que es bien poco, es todo lo que referente a Olite dice el viajero aleman, y es lamentable que no nos haya dejado más detalles descriptivos del castillo y del método de vida de sus nobles moradores quien tuvo la suerte de ser recibido tan francamente por ellos, visitando aquel soberbio monumento cuando se hallaba en todo su esplendor.

Sin embargo, no carecen de interés esas pocas líneas que dejamos transcritas; en ellas vemos trazado con encantadora sencillez un cuadro de familia que en cierto modo nos da idea del carácter afectuoso de los desgracidos y célebres Príncipes de Viana; en ellas se retrata, tambien, la suntuosidad del edificio en que habitaban.

Cuando en la *Memoria sobre las ruinas del Palacio Real de Olite*, que hace años publicamos, hablábamos de su inmensa importancia pasada y mencionábamos, segun los datos que habíamos recogido en los archivos, sus cámaras doradas y el extraordinario número de sus habitaciones,—que segun tradicion de la localidad, eran tantas *como dias tiene el año*;—cuando describíamos sus jardines suspendidos, sus esbeltos torreones, sus galerías de afiligranadas ojivas, sus subterráneos, donde podia circular la caballería, y la riqueza y fantástica elegancia de las estancias, creyóse quizá por algunos que nuestra descripcion era hiperbólica y que el deseo de enaltecer el glorioso pasado de Navarra nos hacía ver todo con colores exagerados. Hoy, el relato de ese viajero aleman, á pesar de su laconismo, comprueba la magnificencia del célebre monumento, y nada lo demuestra más elocuentemente que el que un personaje que debía conocer los renombrados castillos alemanes y los de Couzy, Vincennes, Pierrefonds, el Louvre, el Temple y otros, en Francia, asegure que «no hay Rey que tenga Pa-

lacio ni Castillo más hermoso y de tantas habitaciones doradas» como el de Olite, y que «no se podría decir ni aun se podría imaginar cuan magnífico y suntuoso era.»

Este testimonio debería enorgullecernos..... si no nos llenase de tristeza el contemplar el miserable estado en que hoy se encuentra el noble alcazar de nuestros Reyes y el compararlo con su esplendor pasado.

Verdaderamente; el castillo de Olite es la representacion genuina y fiel de la existencia política del Reino Nabarro.

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

AZARIYA ETA OLLARRA.

Azari zar bat zala, ichitu
baten ondotik pasatzen,
barrunbe artan sentitu zuben
ollar gazte bat kantatzen;
eta egonik nola atzeman
zezaken ura pensatzen,
itz legunakin asi zitzaion
pallakatzen ta tentatzen.

Esanaz: ¡ai! zein ederra dezun
zere kantuko graziya,
zurekin berdin litekenikan
ezda izango bat iya;
ez naizen gisan, ni banitz zure
jabea edo nausiya,
zurekin nuke, zu erakusten
jirako mundu guziya.

Bada kantuban orrenbesteko
graziyakoa bazera,
korputzez ere nolanaikoa
noski izango etzera;

ia piska bat azal zaitia
ia piska bat atera,
ikus zaitzadan zer korputz dezun
eta zer dezun jazkera.

Itz oek aitu eta jarririk
ollar gaztea kezketan,
eranzuera segiran eman
zion itz bide oetan,
esanaz: kanpo ortan nor dagon
nola ikusten ez detan,
irten bañan len nainuke jakin
norekin naguen izketan.

Oni eranzun zion: ni nazu
auzoan bizi naizena,
oso leiala eta prestuba,
gauza guzitan zuzena;
askoren gisan gaitzakeritan
ibilli oi eznaizena,
mundu guziyak maite naubena
azariya det izena.